

Discurso del profesor Rubén Ángel Peñalver para el Acto de Grado Promoción 2000 de la Escuela de Comunicación UCAB

R.P. Luis Ugalde Rector de la UCAB

Dra. Myriam López de Valdivieso Vice Rectora Académica

Ing. Lorenzo Caldentey Vice Rector Administrativo

R.P. Gustavo Sucre Secretario de la UCAB

Prof. Silvana Capangaro Decana de la Facultad de Humanidades y Educación

Dr. Max Romer Piereti Director de la Escuela de Comunicación Social

Estimados Colegas y Padrinos

Queridos Licenciados

Respetable Público

“Este país está trastornado y nadie sabe el resultado... Te muestro el país revuelto. Lo que ocurrió, ha ocurrido. Los hombres tomarán armas de guerra, y el país en confusión. Los hombres harán flechas de metal, piden ser alimentados con sangre, y ríen con risa morbosa... Te muestro el hijo como un enemigo, el hermano como un adversario, y a un hombre que da muerte a su propio padre. Todas las bocas están llenas de hambre, y todo lo bueno ha desaparecido... Los hombres le quitan a un hombre su propiedad y se la dan a uno de fuera. Te enseñé al dueño en la miseria y al extranjero satisfecho... Te enseñé el país revuelto... Te enseñé lo de abajo arriba.. Los indigentes comen el pan de las ofrendas, mientras los empleados se divierten... El país está completamente destruido, de suerte que no queda nada, ni siquiera el negro de una uña sobrevive de lo que estaba predestinado.

Lo anterior son algunas de las Meditaciones del Profeta NEFER ROHU, escritas hace más de 4300 años. En ellas se puede apreciar la matriz de opinión reinante durante la crisis del primer periodo intermedio egipcio, el cual sucede al famoso reino antiguo de las

grandes pirámides. Escepticismo, desesperación, fuga de cerebros y de capitales, anarquía, desempleo, invasiones, entre otros males azotaban al regalo del Nilo. Sin embargo la civilización egipcia no terminó allí, a pesar de las desgracias hubo gente que apostó por un futuro mejor, y de hecho el pueblo egipcio recuperó su antiguas y verdaderas instituciones y así, pudo seguir constituyendo, por más de 1500 años, una de las civilizaciones más deslumbrantes de la antigüedad.

Cada vez que la institucionalidad se perdía, es decir el Faraón, señor de las dos tierras, no podía mantener la unidad, o no cumplía con su función sagrada del MAAT : procurar el equilibrio, la armonía, Egipto experimentaba períodos de revolución, (por cierto nada pacíficas), no obstante cuando se recuperaba la unidad, el orden y la prosperidad volvían. Y volvían no por obras de milagros o de Osiris, sino porque el pueblo egipcio, así como era uno de los pueblos más religiosos del mediterráneo, si le hacemos caso a Herodoto, era ante todo una sociedad práctica, que más que preocuparse, se ocupaba de sus problemas, no podían darse el lujo de perder tiempo, o se organizaban para establecer la unidad y con ella aprovechar al Nilo, o simplemente la miseria y el hambre se hacían presentes. Ellos al igual que numerosos pueblos a lo largo de su historia han podido superar la adversidad, la intolerancia, el fanatismo, la desesperanza. Eso si duda no ha sido tarea fácil, la clave a mi entender, ha estado, más que en la elaboración de miles de proyectos, comisiones, constituyentes, consultas, discursos, cumbres, visitas y demás programas; en la ejecución de planes concretos no excluyentes. A veces tanta elucubración paraliza. Ya no tenemos tiempo, el Nilo se nos escapa.

Con esto he querido comenzar esta palabras porque al enterarme de este honor y asumir la responsabilidad de preparar este discurso para ustedes, lo primero que pasó por mi mente fue lo siguiente: qué puede decirles un aficionado a la historia como yo, a unos profesionales de la comunicación, hambrientos de una palabra de aliento y de esperanza. A unos jóvenes que están cansados de promesas y soluciones mágicas, y desesperadamente quieren ver la luz, aunque sea al final del túnel; a unos muchachos a los que probablemente les puede esperar el naufragio, o el abismo de la frustración, como en ocasiones le tocó vivir a los egipcios. Como, y cito a Andrés Gide "*Todas las cosas son ya dichas; pero como nadie escucha, hay que volver a empezar siempre*", creo que lo poco que puedo decir esta

noche, son algunas sugerencias, fruto de lo que hace algún tiempo ha sido unos de mis hobby preferidos: el estudio de la historia. De esta manera, al estilo de los fármacos, cuando se recomiendan colocarlos fuera del alcance de los niños, expondré algunas consideraciones que quizás pueden servirnos de ayuda para aquellos que tenemos la “extraña manía de creer en la vida”. No pretendo que se tomen al pie de la letra, y mucho menos que satisfagan tan exigentes expectativas, no se vea esto como consejos de un académico, mucho menos de un veterano, todo lo contrario, recuerden, se trata de las inquietudes de un aficionado.

Empezaré por pedirles que se cuiden de aquellos que creen ser dueños de la verdad histórica, ésta por demás no existe, y eso por una evidente razón: la historia no es más que las interpretaciones racionales, no emotivas ni convenientes, que sobre el pasado nos hacemos luego de un análisis que pretende ser objetivo, no es algo absoluto, por lo tanto el pasado siempre estará sujeto a críticas. De esta manera desconfíen de aquel que con elocuencia afirma “así lo dice la historia”, “la historia nos reivindicará...”, o “la historia nos llama a reconstruir la patria” sobre todo si se trata de nuestro pasado, ya que así como la historia sirve para comprender mejor nuestro presente, también el pasado se presta a diversas y terribles manipulaciones, y en nombre de una interpretación perversa del mismo, muchos pueblos han experimentados verdaderas calamidades. Ya sabemos lo que provocó la interpretación nefasta que Hitler hizo sobre el pasado Alemán. Estamos conscientes cómo en la Rusia stanlinista se borraban, y no sólo de los textos de historia, a todo aquel que le hubiera hecho oposición al régimen. El pasado no sólo tiene una versión, es como la realidad, se aborda desde diferentes perspectivas, pero sobre todo desde una postura crítica. Estemos alerta, estas percepciones limitadas e interesadas, frecuentemente buscan hacer del pasado el chivo expiatorio ideal que legitime cualquier proceso, y como todavía, aún en la tan llamada postmodernidad, no hemos superado nuestro miedo a la libertad como lo advertía Erich Fromm, nos es más fácil seguir confiando en el caudillo de turno y así no asumir nuestras responsabilidades, en palabras de Fernando Savater: “*La libertad es imprescindible para establecer responsabilidades, porque sin responsabilidad no se puede articular la convivencia de ningún tipo de sociedad*”, seamos pues críticos para ser libres, pero sobre todo para ser responsables.

Por lo tanto, como afirmaba Rómulo Betancourt: *“Este País de todos, tenemos que hacerlo todos”*. Ya lo decía también Mariano Picón Salas *“Contra todos y contra la misma prosperidad hay que seguir en nuestro duro oficio de ser venezolanos”*.

Segundo: y esto es una perogrullada, Roma no se hizo en un día, tampoco la Atenas del siglo de Oro; por eso todas aquellas promesas de constituir una nueva sociedad a través de la aparición de un hombre nuevo, son absurdas pero sirven para justificar las peores atrocidades. Este ha sido el gran pecado de casi todas las revoluciones: creer que por arte de magia se vive un tiempo nuevo y una nueva historia comienza, por supuesto negando su pasado inmediato. Así los jacobinos durante la Revolución Francesa justificaban los cambios de nombres, las nuevas constituciones, los nuevos cultos, el calendario revolucionario, la nueva denominación de la nación y sobre todo el uso de la guillotina. En el siglo veinte la promesa del hombre nuevo se tradujo, por ejemplo en Camboya, en un genocidio brutal superado nada más que por los nazis. Una dinámica perversa ha hecho que como Saturno, se terminen devorando a sus propios hijos. Quizás por esto Bernad Shaw decía *“que las revoluciones nunca sacudieron el yugo de los tiranos, se limitaban a ponerlo sobre otros hombros”*. Oscar Wilde opinaba que las estupideces siempre se cometían por los mejores motivos.

Tercero, y cito al gran educador brasileño Paulo Freire *“solamente los seres que históricamente se tornaron capaces de aprender y de saber, fueron capaces al mismo tiempo, de intervenir en una realidad que nos condiciona”*. Estamos dispuestos a poner en práctica esta premisa, es decir a ser sujetos u objetos de la historia? Recuerden somos históricos porque cambiamos, y cambiamos porque no somos perfectos, el tiempo pasa porque las cosas pasan o a las cosas le pasan otras cosas. ¿Queremos realmente provocar los cambios necesarios que implique el bienestar mío y del otro que no ha tenido las mismas oportunidades, y así, condicionar nuestro entorno, o por el contrario nos quedaremos pasivamente como espectadores, y dejaremos las decisiones a los menos capacitados? *“¡Es terrible que el desconocimiento y la complacencia sean más fuertes que la sabiduría!”* meditaba el Emperador Marco Aurelio.

Cuarto, lo único constante es el cambio, y a pesar que constantemente nos abrumba, y a veces compartimos aquel grito famoso de *“Paren al mundo que me quiero bajar”*, a fin

de cuentas, parafraseando a Heidegger, como fantasmas se nos presentan las preguntas esenciales de la vida: Para qué? Hacia dónde? Y después?. Quizás una rápida pero profunda retrospectiva nos ayude a entendernos. El mismo Nietzsche creía que la historia tenía facultades terapéuticas, y advertía *“queremos servir a la historia en cuanto ella sirve a la vida”*.

Por ejemplo, esta noche, repentinamente y sin avisar, “aquellas pequeñas cosas” que compraron boleto de ida y vuelta (como nos cantaba Serrat)” se nos presentan y nos hacen revolver el baúl de los recuerdos. Creo que lo menos que podemos hacer es rendirle un tributo al pasado, al de cada uno de nosotros, a todos aquellos que de una manera nos ha ayudado a editar esta primera parte de nuestra película: un film sin duda lleno de sentido, pues se trata de nuestra vida. Para ello propongo que por un instante dejemos la solemnidad y cada uno a su ritmo, repase esas imágenes. Cierra los ojos, haz un flash back, y sin miedo recorre las escenas más significativas de este camino, quizás una lágrima acompañe a este “pedacito de utopía que es el amor”; al editarlas te darás cuenta porqué ha sido posible el éxito de hoy, el triunfo de ustedes, el triunfo de sus padres, el triunfo de todos. Quizás nuestra propia experiencia nos enseñe que no estamos solos, que gracias a los actores secundarios y extras, fue posible que el protagonista alcanzara esta meta y así, poder dar gracias por aquello que solicitaba Andrés Eloy Blanco y sin duda compartían sus padres: *A Dios que me de tormentas, A Dios que me de quebrantos, pero que no me dé un hijo de corazón solitario*”. Dios como siempre ha cumplido.

Por eso apostamos por ustedes, a pesar de lo nublado, no todo está perdido, ustedes seguirán adelante, inician una nueva etapa, perdónenme el cliché pero ya no son el futuro, ahora son el presente, con numerosos compromisos por asumir. El reto no es fácil, nadie dijo que lo fuera, pero durante cinco o más años nos han demostrado que si se puede.

Dice Confucio: *“No enseñar a un hombre que está dispuesto a aprender es desaprovechar a un hombre. Enseñar a quien no está dispuesto a aprender es malgastar palabras”*.

Por haber tenido el privilegio de conocerlos, de compartir con ustedes, de encontrarlos, expreso con orgullo y sentimiento lo de aquella canción: “Gracias a la vida que me ha dado tanto”. Hoy y mañana, estaré seguro que no hemos malgastado nuestras palabras. ¡MUCHAS GRACIAS!